

Autin-Grenier, Pierre

Todos los días lo mismo. - 1a ed. - Buenos Aires : Dedalus, 2014.
140 p. ; 20x13cm.

Traducido por: Ignacio Rodríguez
ISBN 978-987-28200-2-2

1. Literatura Francesa. I. Rodríguez, Ignacio, trad. II. Título
CDD 840

« Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'aide à la coédition Jules Supervielle, a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français ».

"Esta obra, publicada en el marco del Programa de ayuda a la coedición Jules Supervielle, cuenta con el apoyo de los Programas de ayuda a la publicación del Institut français".

Título original: *C'est tous les jours comme ça*

© 2010, Finitude.

© de la traducción: Maxime Bonachera, Eugenia Pérez Alzueta, Ignacio Rodríguez

1ª edición: enero de 2014

© Reservados todos los derechos de esta edición para América Latina

© Dedalus Editores

Felipe Vallese 855, Buenos Aires, Argentina

info@dedaluseditores.com.ar

www.dedaluseditores.com.ar

© Cuarto Propio

Valenzuela Castillo 990, Santiago, Chile

www.cuartopropio.cl

Diseño de cubierta: Crudele Ribeiro Diseño

Ilustración de cubierta: Inés Isaurralde

Diagramación: Ignacio Rodríguez

ISBN 978-987-28200-2-2

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Biblioteca Contemporánea  NARRATIVA

Todos los días lo mismo

Las últimas notas de Anthelme Bonnard

PIERRE AUTIN-GRENIER

Traducción

MAXIME BONACHERA

EUGENIA PÉREZ ALZUETA

IGNACIO RODRÍGUEZ

 **Dedalus Editores**

Para Ronan Barrot,
siempre a la vanguardia.

“Hasta aquí, en la tierra, todo desorden ha resultado del hecho de que algunos quisieron poner orden y toda basura del hecho de que algunos quisieron barrer. [...]

El mal no es que el mundo esté gobernado con tan poca cordura. El mal es que, aunque poco, esté gobernado”.

DEZSÖ KOSZTOLÁNYI,
El traductor cleptómano

Colación

Nos encontrábamos reunidos en una vasta sala un poco austera en cuyo centro habían desplegado un inmenso bufé frío para festejar no sé qué evento del que no alcanzaba a apreciar a primera vista su importancia.

Con una lógica impresionante, discursos un poco ampulosos se encadenaban a discursos bastante impostados; todo eso acentuado por entusiastas pero breves aplausos y, para finalizar, nos invitaron a que tuviéramos a bien pasar a sustentarnos.

Ahí fue cuando el hombre en honor a quien se había organizado esa recepción, y que acababa de responder con voz temblorosa a los elogios y honores de los que había sido objeto, se lanzó de golpe y porrazo sobre la mujer del jefe. En menos tiempo de lo que tarda decirlo, tras haberla hecho picadillo, la devoró por completo ante nuestros ojos, dejando, luego de haberse saciado, un mísero pedazo de cuero cabelludo y una cartera de piel de cocodrilo.

Ahora, varios años después, relatando esta pequeña anécdota durante mucho tiempo enterrada en mi me-

moria, recuerdo que aquel día se le otorgaba a ese buen hombre la medalla al trabajo en recompensa a treinta buenos y leales años de servicios prestados en las diferentes cadenas de transformación química de nuestro grupo agroalimentario.

Paso del tiempo

Cuando salimos él y yo esa memorable mañana de julio, él quería ir a la derecha, y yo por supuesto a la izquierda. Como no tengo un carácter para nada decidido ni dominante sino más bien, en ciertos aspectos, bastante irresuelto por no decir veleidoso, un auténtico corderito, ahí vamos entonces los dos, desde luego, a la derecha. Mal nos hizo sin embargo haber seguido esa pendiente; apenas recorrimos los cien metros que nos separaban de la primera esquina (esa en la que hasta hace poco estaba el bar *El Porvenir*) nos hizo frente una grieta de una profundidad infernal abierta en el mismísimo asfalto hirviendo por el sol. Es cierto que son cosas que pasan con frecuencia en nuestras ciudades de entreguerras, y no menos cierto que de sopetón quedamos como dos giles y con la moral por el piso; muy perplejos también en cuanto a la postura a adoptar frente a ese repentino problema. ¿Seguir cueste lo que cueste y hundirnos en el centro de esa grieta con la esperanza insensata de llegar un día a la otra vereda, corriendo el riesgo de gastar en este asunto muchas de nuestras jóvenes

energías, o tal como lo postulé de entrada, renunciar, volver sobre nuestros pasos y retomar tranquilamente mi idea original?

Desgraciadamente era desconocer la diabólica obstinación de mi compañero, y ni qué decir de su orgullo de machito susceptible, siempre encaprichado en sus errados razonamientos. Argucias, vanas súplicas, todo inútil, y ante mi gran pesar lo vi desaparecer en el profundo abismo con la absoluta seguridad de quienes no se dejarán intimidar nunca por inconvenientes cotidianos ni temores venideros. ¡Andá con Dios! Pensaba mientras pegaba la vuelta y ponía al mal tiempo buena cara.

Decir los años pasados desde esa mañana de julio de la cual conservo sin embargo el fiel recuerdo en un rincón de mi memoria, como uno conserva sin saber bien por qué una baratija que encuentra en la feria de antigüedades, sería confesar una edad que se volvió inconfesable. ¡Cuál no fue mi sorpresa al encontrar esa noche a mi viejo amigo en una de esas curiosas casualidades de copas! El pelo ahora ceniciento y la mano ligeramente temblorosa para levantar el vaso, pero siempre fuerte como un roble como le digo por cumplido. “Los años pasan, me dice mientras le hace al mozo la seña de otra ronda, es imperioso, como ves, que cada uno se tome su tiempo”. Y al respecto me explica seriamente que recién acaba de salir del agujero,

y que por fin alcanzó, hace apenas dos días, la vereda de enfrente. Me vi obligado a confesarle que, durante todo ese tiempo, ni yo mismo había dado tres vueltas enteras al barrio.

Monstruo

“El pato de Barbarie deambula desde el alba hasta el ocaso sin hacer un pomo, el pamporcino en la maceta se contenta inmóvil con llevar a una esquina del living un poco de luz, y ni qué hablar del joven pianista de al lado que pasa jornadas enteras repitiendo su Jeropa en pinga menor sin signo alguno de agotamiento, ni de los indios cherokees sentados en el suelo con las piernas cruzadas bajo el tipi, fumando sus calumet tranquilos esperando la lluvia. Un pintor, dale una tela, tres témperas de color, deslízale entre las patas un pincel: en dos patadas y sin esfuerzo se manda un Picasso. De hecho el poeta es el único que está pendiente de la mañana a la noche y de la noche a la mañana de hacerse cargo del vasto trastorno del mundo y, con solo un puñado de palabras, ponerlo en música”.

La mayor parte de las veces cuando me empieza con sus fantasías de rimador maldito y con su obra todavía ignorada por los incrédulos, sus temas favoritos, entonces me las arreglo siempre para sugerirle, entre dos peroratas delirantes, una partida de monstruo sabiendo de

sobra que es uno de sus berretines preferidos y que no va a tener las agallas para negarse por mucho tiempo. Saca la mesita de cerezo recubierta con un fieltro verde de atrás de la barra donde está siempre replegada, la pone en un esquinero cerca de la heladera, las fichas nacaradas equitativamente repartidas entre nosotros, mezcla las cartas, corto, él reparte y se larga. Ignoro su truco, si es que lo hay, pero es muy raro si de entrada no me encuentro con el monstruo entre las manos aunque queden otras en el mazo. Pasa dos veces mi turno y entonces él se levanta, destapa la habitual botella de Chablis, y ¡sin espuma los balones!, seguimos.

No es para hablar con propiedad un tipo denso, no, conmigo incluso puede comportarse bastante bien durante cierto tiempo, y aunque de trato tirando a agradable, tiene una obsesión poética de poca monta y todas las repeticiones machacantes e igualmente exasperantes que de ello derivan. Es de esos poetas de imaginación trastornada, intrigantes y vengativos, que hacen alarde de virtud y abnegación cuando, desde el fondo de su por así decirlo soledad, no pretenden sino encontrar otro de su misma calaña para devorar a un tercero hasta los huesos. Siempre dispuestos a arrodillarse sobre el cordón de la vereda, sus aleluyas muy en evidencia, para mendigar frente a los que pasan, incluso a los más desgastados, una pizca de notoriedad, una migaja de admiración, un poco de gloria efímera. Para decirlo todo,

nunca logré aceptar ni uno solo de sus múltiples versitos que me prodiga a carretazos y me dedica en cantidades industriales.

Primero jugamos la partida a quinientos, partido revancha y bueno, lo que generalmente nos lleva hasta más o menos las seis y al fondo de la botella. Rarísimas las veces en las que no tiene, para terminar, el monstruo entre los dedos, al menos a diez puntos de diferencia. ¡Y vuelta a hacer la cuenta! Tuerce un poco la nariz, sirve igual el último vaso y se encamina ya hacia sueños de revancha cuando no intenta volver a poner sobre el paño la cosa literaria. Enseguida lo interrumpo: ni lo pienses, ¡nos llevaría toda la noche! En general, pretexto tener que pasar antes de la cerveza por el puestito de libros de la plaza Reverzy para dejarlo plantado ahí, a él y a su poesía, y volver por el camino más largo, cuestión de huevear un rato por el barrio y olvidar por un instante lo banal de tales jornadas.

El candidato

Todas las noches a las ocho tememos que venga el doctor, el diablo o su hermana. En los tiempos que corren el candidato tiende a invitarse solo. Sin vergüenza se instala como en su casa y ocupa todo un sector del living. El segundón paliducho que lo acompaña a todos lados le pregunta entonces por su posición en materia de policía judicial, por su actitud respecto de los problemas de delincuencia juvenil y alcoholismo (“¡Intransigencia absoluta!”, se apura), por los vaivenes de la cotización del pepino en el palacio Brongniart a media tarde (se compecede, nunca se queda corto con ninguna respuesta), promete que con peces en los zapatos él también pronto podrá caminar sobre las aguas; tantos otros sinsentidos y absurdos tuvimos que tolerar así del buen hombre que enseguida a mi mujer le agarra dolor de muelas; harto de tantas tonterías dejo caer el pucho que termina quemando un pedazo de mantel al lado del cenicero.

Cuando los vecinos enloquecidos vienen a tocarnos la puerta, “¡¿Lo escucharon?!”, decimos no mientras les cerramos suavemente la puerta en la cara para no

agrandar la confusión que, poco a poco, se apodera de todo el edificio. Se sabe que algunos ya tiraron al vacío desde los departamentos al candidato, a su segundón y a todo su decoro por el ojo de buey de los baños pensando así protegerse de lo peor, conjurar el peligro, escapar tal vez de los dramas prometidos. Suficiente para que unos diez autos llenos de canas lleguen de sopetón, todas las sirenas sonando, y cerquen en el acto el barrio. Ahora sí que estamos en el horno.

Algunas columnas vertebrales partidas al medio por cachiporrazos, diversos cráneos abollados por acá y por allá, narices ensangrentadas y, en menos tiempo de lo que toma decirlo, orden y seguridad vuelven a reinar. Nuestro portero, hombre de gran prudencia e intermediario sin par, luego de haber entregado la lista detallada de los inquilinos a esos señores, los tranquiliza respecto de nuestras intenciones de darle un triunfo inmediato al candidato, jura por Dios y la Virgen que acá se le prepara un plebiscito que pasará de seguro a la posteridad. Se retiran entonces, no dejando en el lugar más que un patrullerito de vigilancia, seguramente también uno o dos buchones.

Mi mujer y yo llegamos a extrañar las visitas del diablo o de su hermana; sus argumentos son menos expeditivos, con ellos la discusión queda con frecuencia más abierta. A nuestra edad, es verdad, nos cuesta acomodarnos a las nuevas obligaciones que impone la época.

Entre hombres

Esta mañana otra vez una mujer que abría la persiana cayó como hoja muerta en otoño por la ventana sin que pueda decirse por qué ni cómo. Ayer a la noche un auto a toda velocidad hizo volar hacia el Más Allá, sin poder evitarlo, a una viuda distraída y enceguecida por su velo demasiado grande. La verdulerita que empujaba su carreta gritando “¡repollo, nabos, zanahorias!” fue bruscamente chupada por una alcantarilla que habían dejado abierta por error, no volvimos a verla más y ya extrañamos su alegre canturreo. Ni qué decir de la esposa del farmacéutico (el idiota del local de enfrente del correo) súbitamente desaparecida del mapa sin dar ni media explicación, lo que a todo el mundo le importó olímpicamente un bledo de tan arisca y colérica que era para atender los negocios. Ni de tantas otras que del mismo modo faltan en la lista, es el caso de la rechoncha devoradora de pollos enteros que se la pasaba comiendo y que suponemos fallecida por una complicación gástrica, la joven molinera encontrada colgada por un hilo de seda en su trabajo o incluso la dueña del

bar de la esquina del bulevar ahogada vaya a saber por qué torpeza en el Saona. En pocas palabras, cada una se hace extrañar a su manera, tan cruelmente como botón de manga de camisa, si se entiende a lo que me refiero.

Así, poco a poco pero de modo implacable, no queda otra que darse cuenta de que nuestro viejo barrio ve que su población femenina se extingue con más firmeza que en la Antártida las ballenas azules y, así como van las cosas, si nadie pone pronto las barbas en remojo la hecatombe será irreversible.

¿Qué sería la vida entonces? ¿Librarse desde el despertar a largas meditaciones a solas delante de una taza de café del día anterior, amargo como ajeno y mal recalentado? ¿Irse solo de gira por los bares y encontrarse al mediodía sin saber cómo combinar de la mejor manera el escalope y la crema, a la tarde timbear hasta cualquier hora con los amigos para no embolarse y así pasar el tiempo, zurcir sin esmero las viejas medias o almidonar uno mismo cuellos de camisas, y mejor no hablar del resto?

No, me niego a imaginar nuestro rinconcito de planeta volverse una especie de curiosidad visitada por turistas extranjeros cual reserva de indios vegetando sólo entre hombres. Hablemos poco, hablemos claro: si ellas no nos quieren más entonces que lo digan. Pero que, por favor, ¡dejen de caer como moscas!

La escalera

Ayer a la noche sacando la basura y como una vez más el minuterero siempre hecho pelota acababa de apagarse de sopetón dejándome a tuestas en la oscuridad, tropiezo de pronto con algo humano acurrucado en el descanso de la escalera entre la costurera del segundo y la pareja de sopranos líricos del primero. Pensé primero en uno u otro de esos temblorosos hambrientos que la temporada de los grandes fríos arrastra a forzar nuestra puerta de entrada y a venir a refugiarse por un pedazo de noche en el precario abrigo que ofrece nuestra escalera; en tiempos anteriores al triunfo de los comerciantes, tal desamparo era raro, pero en nuestros días por desgracia se volvió moneda corriente y ya nadie parece contrariarse por eso.

Qué horror cuando después de haber prendido de nuevo la luz descubro el cuerpo de un pequeño hombre bien vestido con la pechera de la camisa abundantemente manchada de una sangre ya negra, de donde emerge el mango reluciente de un enorme cuchillo de cocina. Un espanto de viejita enloquecida me hizo subir

rajando a mi piso, bolsita de basura en mano, y no decir palabra alguna hasta esta mañana. Tenía la conciencia tranquila de haber actuado bien al haber tenido la precaución de ahorrarle a mi mujer mil pesadillas con esa lamentable huída ante los acontecimientos.

Zafarrancho generalizado en el edificio, desde el amanecer, cuando descubrieron el cadáver. La soprano lírica, en quimono de seda con ángeles bordados, se mandó una crisis shakespeareana en el palier, mientras que, curiosamente, la costurera del segundo, en general muy locuaz, no decía ni mu, sólo la estupefacción o el deseo de parecer estupefacta, los ojos globulosos desorbitados; todos los otros remolones como atontados por la conmoción.

De acuerdo a las últimas noticias (recogidas durante el aperitivo en los bares del barrio) el asesinado sería un enano enriquecido otrora con el negocio de las telas, que desde entonces habría concentrado su interés en los beneficios de la usura. Pero lo más alarmante de esa historia bizarra y mórbida a la vez sigue siendo la cantidad de enanos que habrían sido asesinados del mismo modo esa noche en diversos barrios de la ciudad, según lo que se dice. Si en las horas venideras el rumor se confirma, ¡entonces sí que podría ser un escándalo!

Sentado a la mesa delante de un entrecot Bercy empiezo a imaginar que mi enano masacrado quizás sólo

sea el primero de una larga serie. No va a ser imposible entonces que me vea impulsado a volver a hablar en breve de este asunto, probablemente de la costurera del segundo también.